

RESEÑAS

HEINE-GELDERN, R., *The coming of the Aryans and the end of the Harappa Civilization*, en *Man*, vol. LVI, págs. 136-140; 1956.

Desde hace un cierto tiempo se ha convenido en fijar la llegada de los *Arios* y la subsiguiente destrucción de la civilización del Indo, con sus famosas ciudades de *Harappa* y *Mohendjo-daro*, hacia los 1500 años antes de Cristo. Y la mayoría de los especialistas que recientemente han tratado el tema coinciden en ello. De esta manera proceden, por ejemplo, tanto Sir Mortimer Wheeler, en sus *Indus civilization* (1953), como S. Piggott, en *Prehistoric India* (1950), o von Fürer-Haimendorf, en *Altindien* (1953). En tanto que algunos otros indólogos ubican el acontecimiento en fecha algo más temprana. Así, el Coronel D. H. Gordon cree que esto sucedió entre los 1800 y los 1600 antes de nuestra Era.

En cambio, R. Heine-Geldern, en el artículo que aquí reseñamos, trata de rejuvenecer aquel hecho histórico que tanta importancia habría de cobrar para el posterior desarrollo de la península indostana. Para ello se basa en la comparación de una serie de objetos de bronce hallados en las excavaciones de las ciudades del Indo con otras procedentes del Cercano Oriente, y que el autor considera satisfactoriamente datados en la segunda mitad del segundo milenio anterior a Cristo. De esta manera llega a la conclusión de que «los *Arios* viniendo del oeste, invadieron la India entre los 1200 y 1000 antes de Cristo».

Ignoramos cuál será el éxito que este rejuvenecimiento ha de tener entre los demás especialistas, de manera especial, si a las comparaciones establecidas por Heine-Geldern se les puede conceder un valor dirimente frente a los argumentos que esgrimen los demás autores.

De todos modos no hay duda de que el corto trabajo ha sido preparado con todo el documentado esmero a que nos tiene acostumbrados el ilustre etnólogo vienés.

SALVADOR CANALS FRAU

WILHELM, O. - SANDOVAL, L., *Genealogías y sero-antropología de los Pascuenses*, en *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción (Chile)*, tomo XXXI, págs. 119 a 139; 1955.

En este trabajo los autores completan las investigaciones sero-antropológicas iniciadas en 1934 y terminadas en 1954 y 1956. La investigación serológica está precedida por un estudio acerca del origen e his-

toria de los antiguos habitantes de Pascua realizado principalmente en base a los relatos tradicionales. Los autores afirman que de los 895 habitantes vivientes en 1956 tan sólo 128 correspondían a descendientes puros de los antiguos habitantes. Se analiza la tradición relativa a la llegada de los *Hanau Eepe* y se reconstruye el árbol genealógico de los descendientes de *Ororoine*, el único sobreviviente de éstos, según la tradición. De los resultados de la investigación sero-antropológica, basados en un total de 200 individuos estudiados genealógicamente, se desprende

que existe en su grupo de O y AB, 5% de A, estando completamente ausentes los B y AB. El sistema MN da un predominio de N; un total de 46 casos, examinados en base al sistema Rh dió 42 positivos y 4 negativos. Los descendientes de los *Hanau Eepe* han brindado solamente el grupo O.

El trabajo que reseñamos es sin duda de interés para la profundización de los problemas de antropología física pascuense. Cabe solamente observar lo relativo de las conclusiones estadísticas, ya que es absolutamente imposible asegurar la ausencia de sangre foránea en una línea genealógica pascuense que vaya más allá de tres generaciones. Las costumbres sexuales de las indígenas y los repetidos contactos de sus mujeres desde 1722 con hombres de toda procedencia, no representan ninguna garantía acerca de la pureza racial de sus descendientes. Es claro que, si bien una pequeña mezcla de sangre foránea no tiene mayor importancia a los efectos de un estudio morfológico, puede alterar notablemente los resultados de la investigación serológica.

MARCELO BÓRMIDA

LEGUIZAMON PONDAL, M., *Toponimia criolla en las Malvinas*, 132 págs.; Buenos Aires, 1956.

Este libro fué escrito con una intención que rezuma en el anverso y reverso de cada página: demostrar la argentinidad de las islas Malvinas y sus dependencias y demostrarlo a propósito de glosas y escolios a sus topónimos españoles y rioplatenses. 254 notas bibliográficas, de documentos y cartas certifican acerca de la calidad de la información utilizada por el autor.

Figuran los siguientes topónimos: *San Carlos*, por Carlos III de España; *Pedro*, por Pedro de Mesa, gobernador español de las islas (1786-1788); *Salvador*, por Salvador de Medina, también gobernador español de las mismas (1777-1781); *Vernet*, por Luis Vernet, tercer gobernador argentino de las Malvinas (1829-1831); *Lorenzo*; *Mariquita*, por María de Julio N. Gavosi, pobladores en la época de Vernet; *Flores*, por Luciano Flores, indígena llevado por Vernet; *Calista*; *Lucas*, *María*, por María Sáenz de Vernet; *Terrible*, *Simón*, por Juan Simón, capataz durante la gobernación de E. F. Mestivier y luego al servicio de los ingleses. Cuando examina este topónimo estudia la toma de posesión bri-

tánica de las islas por la goleta *Clío* y el arrió de la bandera argentina sin que mediara ninguna explicación satisfactoria (3/I/1833). *Tranquilidad*, quizás por la paz que «sobrevino luego que en esa región fuera arrinconado y apresado el gaucho Antonio Rivero, último revolucionario argentino remanente del grupo formado con José María Luna, Antonio Braside, Manuel González, Luciano Flores, Felipe Salazar, Manuel Godoy y N. Latorre»; es posible que la explicación sea más bien ingeniosa pero, sin dudas, al desarrollar ordenadamente los sucesos que llevaron a catorce criollos a sublevarse y poner en jaque a diecisiete extranjeros, dominando por cinco meses la isla, Leguizamón Pondal logra el capítulo más novedoso e interesante. *Bombilla, Piedra Sola, Arroyo Malo, Laguna Isla, Cantera, Triste, Boca, Campito, Campo Verde, Ceritos* por Cerritos, *Dos Lomas, Rincón de los Indios, Rincón Grande, Rincón de los tres Reos, Rincón del Moro, Rincón del Picaso, Rincón del Saino*, los tres por color de pelo equino, *Rincón Orqueta*, aquí la palabra rincón indica lugares del campo que por accidentes naturales presentaban vallas para contener al ganado manso. *Corral Brazo, Second Corral, Tercer Corral, Corral Creek, Mid Rancho, Mare Harbour Rancho, Tussac*, por *tuuar, tusar, tusac* voz fuego-patagónica indígena para designar una planta gramínea; *Fachinal*, por el conjunto de matas (*Chiliodrichum difusum*) que determinan una típica configuración geobotánica; *Carancho, Saladero* y *Rodeo*.

Creemos que es el primer libro que se escribe sobre la toponimia de las Malvinas y dependencias y esto constituye uno de sus méritos; claro que el trabajo, desde el punto de vista estrictamente geográfico, no está concluído, por ejemplo, la valoración de la lista de nombres glosados sería más cabal si hubiera sido posible confrontarla cuantitativamente con la lista de topónimos ingleses, franceses, superpuestos, etc., pero el trabajo ha sido iniciado y si no es el mismo autor, algún joven investigador puede tomar este primer aporte valioso y completarlo de acuerdo a todas las posibilidades y exigencias de la toponomástica.

ARMANDO VIVANTE

ELLENBERGER, V., *La fin tragique des Bushmen. Les derniers hommes vivants de l'âge de la pierre*; 264 págs.; Amiot-Dumout, París, 1953.

El autor, misionero protestante en el Basutoland, ofrece en ese libro una síntesis muy completa de los datos etnográficos y etno-históricos relativos a este interesantísimo pueblo marginal del Africa. En la primera parte, luego de una descripción geográfica del Basutoland, antiguo habitat de los *Bosquimanos*, y de unas noticias acerca de la prehistoria racial y cultural del Africa austral, bosqueja los caracteres típicos de estos indígenas; subraya sus afinidades raciales con los *Negrillos* y los *Hotentotes*. Anota algunas características de su lengua y expone su antigua difusión en Africa meridional. En el capítulo IV relata la historia

de los *Bosquimanos* luego de los primeros contactos con los europeos, las luchas encarnizadas que sostuvieron con ellos y los fugaces intentos de conciliación por medio de regalos y por obra de las Misiones. Bajo la presión convergente de los Boers y de los *Bantu*, los *Bosquimanos* terminaron por refugiarse en las montañas del Basutoland donde tuvo lugar su exterminio.

La segunda parte, dedicada a la vida social de los *Bosquimanos*, relata en primer término la llegada de los *Bantu* al Basutoland (comienzos del siglo xvii) y su convivencia con ellos. Interesantes las noticias acerca de la susceptibilidad de los *Bosquimanos* con respecto a las alusiones a su baja estatura y de las supersticiones de los *Bantu* con respecto a sus vecinos. Este período de convivencia pacífica terminó con la llegada de nuevos grupos *Bantu* al Basutoland por el empuje de los *Zulu* lo que provocó un mayor arrinconamiento de los *Bosquimanos*. Siguen abundantes noticias acerca de la cultura material bosquimana extraídas en la mayor parte de la bibliografía.

La tercera parte está dedicada a la vida espiritual. Particularmente interesantes son los datos referentes a las pinturas rupestres bosquimanas del Basutoland a los que el autor aporta el resultado de sus investigaciones personales. Los capítulos dedicados a las diversiones e ideas religiosas y mágicas son una apretada síntesis de una amplia literatura.

La cuarta y última parte se refiere al arrinconamiento final y a la dispersión de los *Bosquimanos*, la lucha desesperada por la supervivencia y su fin como pueblo. Un apéndice final recoge varios testimonios de los *Basuto* acerca de los últimos *Bosquimanos* del Basutoland.

El libro de Ellenberger es una obra de gran utilidad para el especialista ya que reúne un enorme cúmulo de datos dispersados en una bibliografía vastísima y a veces de difícil acceso; además por el aporte personal del autor que si bien no alcanzó a conocer a los *Bosquimanos* en el área de su actividad, vió, por así decir, sus sombras y oyó los ecos de sus voces. Una situación análoga se ofrece al que estudie la etnografía de la Patagonia en donde la tierra parece aún conservar las huellas de sus antiguos pobladores. Para el lector no especializado el libro es de utilidad menor, debido a que el autor mismo no es especialista; por este motivo la selección de los datos no siempre es feliz y la exposición es, a menudo, confusa y mal ordenada.

MARCELO BÓRMIDA

VELLARD, J., *Causas biológicas de la desaparición de los indios americanos*, en *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, N.º 2, págs. 76-93; Lima, 1953-55.

El autor, basándose en observaciones que realizara personalmente entre los indios *Karayás*, *Cayapós* y *Nambikwaras* del Brasil y entre poblaciones indígenas de los Andes, y viendo su teoría respaldada por los relatos de cronistas y viajeros, se halla hoy en condiciones de eximir en

gran parte a los conquistadores, en especial españoles y portugueses, de una acusación tan seria como es la de haber provocado con su trato inhumano la disminución y a veces la extinción total de muchos grupos indígenas.

A pesar de que lamentablemente dicha acusación no siempre carece de fundamento serio, como en el caso de los *Aleutas* de Norteamérica y el de las tribus del extremo austral de nuestro continente, entre otros, las más de las veces la desaparición de grupos aborígenes se ha debido a la falta de inmunidad del indígena a las enfermedades introducidas por el hombre blanco; así lo demuestra el estudio de lo sucedido con grupos indígenas no mestizados al entrar en contacto con los europeos.

El problema es el mismo en toda América. Vellard lo ejemplifica con el caso de los *Sabanés* del Brasil a quienes sucesivas epidemias de gripe, bronconeumonía y edema pulmonar, enfermedades desconocidas para ellos hasta su contacto con los habitantes de los puestos de los campos de *Vilhena*, en el Mato Grosso, los redujo, en un lapso de 10 años, a 21 individuos. Los indígenas de la región chaquense, desde la llegada de los blancos, son periódicamente víctimas del sarampión y su complicación habitual la bronconeumonía; la causa principal de la extinción de la población aborígena de Patagonia y Tierra del Fuego fueron las epidemias de sarampión y gripe. Ejemplo contrario, pero igualmente demostrativo, es el de que los únicos *Nambikwaras* todavía numerosos, son aquéllos que no han entrado en contacto con la civilización.

Si bien la tuberculosis y otras enfermedades respiratorias provocaron con frecuencia la extinción de numerosos grupos pequeños, muchos de los mayores lograron sobrevivir después de un largo proceso de adaptación, y aún crecer paulatinamente; tal es el caso de las poblaciones andinas que por mezcla con el blanco adquirieron cierta resistencia a determinados morbos, resistencia que se va reforzando en las sucesivas generaciones.

En los siglos XVI y XVII la elevada mortalidad indígena alarmó a las autoridades españolas y la falta de mano de obra creó un serio problema como lo atestiguan documentos oficiales de los encomenderos del Tucumán.

Cree el autor que las causas que hasta ahora han sido consideradas como primordiales: la reducción del territorio de caza, matanzas de indígenas, disminución de recursos naturales, cambio de dieta, etc., si se las enfrenta a las biológicas, pasan a ser causas complementarias; y no hay duda para él de que la considerable reducción del número de aborígenes que sobreviniera poco después de la Conquista, se debió ante todo a la falta de inmunidad a las enfermedades contagiosas de las que el blanco es agente pasivo y que adquieren entre los indios una virulencia inusitada.

Tal es, a grandes rasgos, el contenido del interesante artículo del Dr. Vellard, que propone como solución teórica al problema, la vacunación de los aborígenes; pero no escapa al autor lo utópico de esta solución,

ya que él mismo reconoce la imposibilidad de alcanzar por este medio la inmunidad artificial de todo un grupo étnico.

ISOLINA E. ROSSI

FALSIROL, O., *Il diritto dei pigmei africani dell'Ituri nelle sue relazioni con l'economia e la religione*, en *Rivista di Antropologia*, vol. XLI, págs. 81 a 132; Roma, 1955.

En este erudito trabajo, denso de datos y de pensamiento, el autor encara el problema del derecho, y especialmente del derecho de propiedad, de los pigmeos del Ituri desde el punto de vista funcionalista. Un funcionalismo que, sin embargo, supera el estrecho molde de los estudiosos anglosajones y toma en debida cuenta el aspecto histórico del problema. En efecto, el autor comienza a destacar la presencia en la cultura pigmea de cuatro diferentes estratos culturales, actualmente mezclados y funcionalmente integrados, pero distinguibles: un estrato protopigmeo, hipotético, sin arco, sin producción del fuego, con caza practicada por medio de la clava, del fuego y del humo; un segundo estrato, paleopigmeo, que coincide con el Ciclo propiamente dicho de la Escuela de Viena, más el totemismo de clan, y con la creencia en una divinidad suprema (que el autor considera uránico-lunar y silvestre); un tercer estrato, producido por la mezcla con los negros y la consiguiente introducción de la alfarería y del hierro; finalmente un cuarto, muy reciente, caracterizado por la asimilación de la economía agrícola de los negros. El trabajo de Falsirol, toma especialmente en cuenta el estrato paleopigmeo, aunque él mismo aclara que la cultura pigmea constituye un todo funcional que sólo puede ser subdividido en estratos por abstracción y con el fin de captar más de cerca algunos aspectos característicos en su vivencia concreta.

En la primera parte del trabajo, titulada «Derecho y economía», Falsirol se ocupa inmediatamente de establecer la estrecha adecuación de la economía pigmea al ambiente silvestre, hecho que excluye o aleja enormemente en el tiempo la posibilidad de que se trate de una adaptación secundaria a dicho ambiente; hace hincapié sobre la total procedencia silvestre de la riqueza sobre la economía dirigida esencialmente a la provisión de alimentos de inmediato consumo, la adaptación de la ergología al ambiente selvícola; sobre la pobreza de la cultura y el nomadismo que se condicionan recíprocamente, ya que la pobreza cultural es la que permite el nomadismo y el nomadismo no estimula el perfeccionamiento y la especialización de las técnicas.

Aclara luego la relación necesaria entre la economía recolectora de los pigmeos y su manera de agruparse socialmente en pequeños grupos de familias (sippe), única manera de permitir esta actividad económica sin hacer necesario recorrer distancias muy grandes. Puntualiza la imposibilidad funcional de la familia-estado, vista su escasa posibilidad

en las actividades cooperativas y su ineficacia en las funciones de defensa y de ataque determinada por el escaso número de sus integrantes.

Pasa luego Falsirol a analizar el concepto de sippe y su diferencia del de clan, discordando con la opinión de Lowie quien identifica los dos términos. Entre los pigmeos del Ituri la sippe es un grupo de familias unidas por un parentesco de sangre en línea paterna; es además, una unidad política y económica y es bilateralmente exogámica; el clan se halla constituido por todas las sippe emparentadas entre sí y no implica en absoluto unidad económica, territorial o política.

Trata seguidamente el autor el régimen económico de la sippe. Destaca el limitado poder del jefe y la posesión por parte de la sippe en su conjunto del territorio de caza y de recolección. Expone luego las reglas de la repartición de los alimentos y sostiene que estos bienes son, en un primer momento, propiedad colectiva de la sippe llegando a ser propiedades individuales tan sólo después de su repartición. La opinión común, sostenida por ejemplo por W. Schmidt, es que los productos de la caza y recolección son copropiedad de los que tomaron parte en su obtención hasta que sean divididas; de esta tesis se desprende lógicamente, el derecho de propiedad individual basado en el trabajo. Falsirol examina críticamente otros aspectos de la propiedad pigmea y concluye afirmando el carácter prevalentemente comunista de la economía y del régimen de propiedad de los pigmeos del Ituri, siendo la sippe la unidad social alrededor de la cual gira este sistema comunístico. Según nuestro autor, la sippe es el eje de todo el sistema económico y jurídico de los pigmeos. Ejemplifica esta afirmación con las condiciones del derecho matrimonial; a este propósito afirma ser probable que, tal como lo demuestran los pigmeos del Ituri la forma más antigua de trueque debe haber sido el canje de las mujeres. En el mismo sistema de trueque de mujeres y en la igualdad numérica de los sexos, está, según Falsirol, la razón de la monogamia de los pigmeos; a este argumento agrega nuestro autor el carácter prevalentemente profano del matrimonio pigmeo para confutar la tesis del origen mágico-religioso de la institución matrimonial.

Concluyendo la primera parte de su trabajo, Falsirol hace hincapié sobre el hecho que el predominio de la sippe no implica sobre el individuo una disminución de la personalidad autoconsciente: lo demuestra el simple hecho que es el individuo mismo quien se subordina al grupo para perseguir ciertas finalidades que son suyas propias y, además, varios hechos dentro del ambiente ético-jurídico, tales como la propiedad individual de algunos objetos, la responsabilidad individual de los crímenes cometidos dentro de la sippe, etc. Afirma finalmente que la ética de los pigmeos está orientada, en muchos aspectos, según principios «superiores» en el sentido que damos a este adjetivo en relación con la ética europea y cristiana; pero este acercamiento es tan sólo superficial, como demuestra la legitimidad del hurto realizado fuera de la sippe, el abandono de los enfermos incurables, la dudosa moralidad sexual de las jóvenes antes del matrimonio. En cuanto a las raíces de esta relativa superioridad en sí, es decir, si la moral está determinada por principios puramente

éticos (independientes de toda finalidad utilitaria) o no, el autor no se pronuncia.

La segunda parte del trabajo está dedicada a las relaciones entre religión, derecho y economía. Expone Falsirol la conocida tesis de W. Schmidt según la cual la ética y el derecho pigmeos se inspiran en principios religiosos, especialmente por lo que se refiere a la propiedad de la tierra y de los bienes naturales, ya que éstos habrían sido transmitidos a los hombres por el el Ser Supremo. Esta propiedades serían entonces relativas y condicionadas a obligaciones de naturaleza religiosa y social, primera de las cuales su repartición ecuánime con todos los que necesitan de ellas.

Con respecto al totemismo resume el autor las diferentes hipótesis acerca de su presencia entre los pigmeos y destaca su relativa importancia en la vida económica. Referente al Ser Supremo, afirma que se trata de una personificación de la floresta, pero admite que existen algunos caracteres de este dios que no se pueden reducir a dicha explicación: por ejemplo, su carácter de cuidador del orden moral.

Al plantearse las relaciones entre religión, economía y derecho de propiedad, Falsirol plantea tres posibilidades; o se trata de dos formaciones paralelas o una ha precedido a la otra o viceversa. El autor analiza las distintas posiciones y concluye que no puede formularse un principio general y que la dependencia del sistema ético-jurídico de los pigmeos de la creencia en el Ser Supremo debe ser examinada con amplio sentido crítico. Con este propósito examina los hechos de la distribución de los alimentos entre las diferentes familias de la sippe, investigando si los mismos se rigen en base a un mandamiento de la divinidad o si tienen también una razón de ser económica. Afirma el autor que la causa principal de la distribución inmediata de la riqueza y, en consecuencia, de la ausencia de acumulación, es debida a la imposibilidad de la conservación de los bienes que la constituyen. No excluye, sin embargo, Falsirol que también intervengan en estas normas principios de carácter religioso.

Examina luego el autor el problema general del origen del derecho de la religión; critica la confusión que se hace entre derecho y religión en las culturas prehistóricas cuando se busca en ellas la prehistoria del derecho; por ejemplo, en el concepto del *fas* latino que no es ya, como algunos creen, una mezcla de religión y de derecho, sino una pura forma de derecho (del tipo de derecho eclesiástico) y que, por otra parte, no tiene ningún paralelo en las culturas primitivas. Entre los pigmeos del Ituri las normas de convivencia tienen una obligatoriedad que se deriva del reconocimiento de su utilidad. Las sanciones son realizadas directamente por el hombre y el hecho que estas normas jurídicas tengan al mismo tiempo una garantía de la divinidad no le quita su carácter jurídico y no autoriza en lo más mínimo a derivar la norma jurídica de la religiosa. Los hechos observados entre los pigmeos ponen de manifiesto no ya el origen del *jus* de la *religio*, sino confirman sus estructuras originales e independientes que obligan al etnólogo a desprenderse de sus habituales patrones occidentales para reconocer cómo la religión puede volverse derecho y economía y la divinidad se transforma en uno de los

factores productores de riqueza. No por esto, sin embargo, puede pensarse que religión y magia no tengan autonomía dentro del conjunto cultural; además de los fines normativos de un valor colectivo y económico, la religión tiene otros que son suyos propios, tales como los que se relacionan con la creencia en la vida futura. Claro está, dice Falsirol, que si por economía entendemos todas las actividades, prácticas y creencias destinadas a conservar e incrementar la vida del individuo, también la religión, como suprema tentativa del hombre para superar a la muerte con la supervivencia, cabe en la economía, y con ella todas las demás actividades materiales y espirituales de la cultura. Es en realidad una tarea muy ardua hacer una crítica en detalle del trabajo de Olindo Falsirol. Como todo escrito en el que se manejen más conceptos que hechos, cada punto podría ser puesto en tela de juicio. Nos limitaremos a observar que, a pesar de haber captado perfectamente la integración funcional de los distintos aspectos de la cultura pigmea, nuestro autor se desliza casi inconscientemente hacia un determinismo económico que raya con el materialismo histórico. Tal vez esto dependa de la aplicación, no siempre consciente, de los conceptos de «causa» y «efecto», tanto en el aspecto sincrónico como en el diacrónico de la cultura que estudia. Estos conceptos deben ser evitados cuidadosamente en todo estudio etnológico, ya sea histórico o funcionalístico, ya que si bien pueden tener un valor expositivo y didáctico, se incurre en el peligro de tomarlos como factores objetivos del problema. En la historia, y en la etnología como ciencia histórica, no existen cadenas de causas y efectos, sino una sutil trama de integraciones entre los varios aspectos de la cultura cuya discriminación puede hacerse tan sólo a posteriori y en base al devenir histórico de la misma.

MARCELO BÓRMIDA

QUARTÄR., *Jahrbuch für Erforschung des Eiszeitalters und der Steinzeit*. Ludwig Rohrscheid Verlag, Bonn, 1956. Tomos VII y VIII, 1956. 269 págs. 4°.

Este nuevo volumen de la excelente revista, cuyo tomo V/VI ya reseñáramos en *Runa* VI, otra vez ofrece una serie de interesantísimas contribuciones en las lenguas alemana, inglesa y francesa. Comienza con dos artículos de conjunto sobre el Paleolítico de Oberhessen (Alemania occidental), por H. Krüger y de la región de Valencia (España), por D. Fletcher Valls. En el primero son de importancia las aclaraciones sobre el carácter del conocido yacimiento de Treis sobre la Lumba, tratado algo confusamente por su descubridor y excavador original. En el aporte de Fletcher Valls (en lengua francesa), interesan especialmente las partes acerca del Paleolítico superior y del Mesolítico por sus comentarios sobre muchos problemas en los que actualmente se concentran las discusiones de los especialistas como, por ejemplo, la cuestión del

origen africano y europeo de las puntas pedunculadas del estrato solutrense de la Cueva de Parpalló; el autor es partidario de la teoría africana, pero sin extenderla al Solutrense en general, y también ocupa una posición intermedia con respecto a la edad del arte levantino. De particular interés es la existencia de placas grabadas algo semejantes a las más antiguas patagónicas, provenientes del Mesolítico II de la Cueva de la Cocina, e ilustradas mediante una buena lámina. Sigue un artículo en inglés sobre el Paleolítico del valle de Sirsa, Punjab, India, por O. Prüfer (Cambridge, Mass.), comprobándose la existencia de una industria de guijarros (*choppers* y *Chopping tools*), prácticamente idéntica a la del Sohaniense, descubierto por de Terra y Paterson en la cuenca del Indo. De gran envergadura es la contribución de H. J. Seitz acerca de la presencia de hachas, hendidores y picos mesolíticos en Alemania sudoriental. El autor descubrió un yacimiento muy instructivo en Wittlingen cerca de Dillingen en Baviera, que le permitió efectuar observaciones estratigráficas; en base a ellas no puede dudarse de que la cultura con las formas mencionadas se intercala entre el Tardenoiense y el Neolítico. Se trata de una clase de Campigniense que desmiente nuevamente a los autores que, contra el testimonio claro del material arqueológico (que no conocen o no quieren conocer), repiten hasta el cansancio la teoría del carácter minero de esta cultura y otras imposibilidades más, como últimamente lo hiciera W. Creighton Gabel en su artículo *The Campignian tradition and European Flint mining* (*Antiquity* XXXI, 1957, pág. 94). En cambio las conclusiones que el autor saca del nuevo yacimiento y de su comparación con otros son lógicas. Destaca que se trata de una cultura de cultivo, pero preneolítica y precerámica. Con sus dos estudios sobre los ritos paleolíticos y etnográficos ligados al oso y sobre la prehistoria de las costumbres sexuales en su relación con la lingüística indoeuropea, W. Wüst nos lleva a un terreno muy novedoso. El destacado indólogo y lingüista está a punto de presentar al mundo científico una nueva teoría general sobre el desarrollo de las lenguas indoeuropeas, remontándose hasta el preindoeuropeo (compárese su libro sobre la muy discutida palabra *peleku*, «hacha», en *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, tomo 93, 1, Helsinki 1956), tarea de trascendental importancia para la prehistoria. Los dos artículos pueden considerarse como frutos accesorios de la gigantesca empresa cuya sistemática presentación esperamos con particular expectativa. Entre las comunicaciones más cortas del tomo que reseñamos mencionaremos las interesantes exposiciones que presenta J. L. Baudet en sus observaciones sobre *Déplacements oscillatoires des techniques paléolithiques et épipleistocenes*. Verdaderas arcas de información acerca del Pleistoceno y sus culturas son los relatos sobre el Tercer Congreso Panafricano de Prehistoria de G. J. Fock y los Congresos Tercero y Cuarto de la «Hugo Obermaier-Gesellschaft» por la Srta. G. Freund. Fock extracta las comunicaciones de los congresales sobre las arenas del Kalahari (Poldervaart), clima y geología cuaternarias de Africa (Martin), las líneas costaneras de Africa (Davies y Mabbut), la correlación de las glaciaciones europeas y pluviales africanas (Cooke), la cronología prehistórica del

Sahara (Mlle. Alimen) y de la fauna mamífera de Transvaal (Sra. Enver), la supuesta industria ósea de los australopitecinos de la Cueva de Makapanggat (Dart), el *Atlantropus* de Ternifine (Arambourg), el *Meganthropus* de Java (von Königswald), los «protoaustraloides» (Wells Singer, Drennan), las culturas africanas de guijarros (van Riet Lowe), prehistoria de Mauritania (Mauny y Monod), el Sangoense (Tumbiense) de Africa central (Fock), el concepto de la Edad de la Piedra media en Sudáfrica (Malan), las excavaciones en la Cueva de los Fogones en Makapanggat (Mason), el arte rupestre de Sudáfrica (varias comunicaciones), etc. En el Tercer Congreso de la Sociedad que lleva el nombre de Hugo Obermaier, los conferencistas se refirieron en especial a la subdivisión del Pleistoceno Superior. La Srta. Freund presenta de manera muy oportuna, extractos bastante largos sobre las respectivas disertaciones. H. Graul puso en evidencia muchos puntos débiles en las teorías de varios autores acerca de la coincidencia de las oscilaciones marinas con las del englazamiento continental. E. Ostendorf dilucidó el problema de los suelos fósiles en Alemania sudoccidental, no sin hallar oposición por parte de J. Fink, basada en sus estudios en Baja Austria. Otra importante y muy discutida contribución sobre el particular fué ofrecida por E. Guenther con sus exposiciones sobre el *loess* de Alemania sudoccidental. Interés especial tiene el tema que abordaron K. Ehrenberg y S. Brodar sobre la espeleología alpina y el Paleolítico tan singular en estas cuevas. Omitiendo mencionar otras aportaciones, nos limitaremos a subrayar el enorme progreso en la investigación geológica y cultural del Cuaternario en todas las partes de Europa central, que se puso de manifiesto en este Congreso y no en menor grado en el siguiente, y que iniciara W. Wundt con su defensa de Milankovitch, y que fueran tan atacadas en los últimos tiempos. Por lo demás, otra vez fué el centro del interés la espeleología y el *loess*, como queda demostrado por las conferencias de K. Brunnacker acerca de la diferenciación local del *loess* en Alemania meridional, de la Srta. G. Freund y de F. Heller sobre los sedimentos cavernarios, de K. Ehrenberg sobre osos cavernarios y cuevas de osos. Este último rechazó enérgicamente los ataques pocos serios que J. Ch. Spahni le dirigiera contra los resultados de las pertinentes investigaciones. F. Jordá-Cerdá se explayó sobre la cuestión del Solutrense en España; abandonó su anterior posición en favor de la tesis de origen europeo. Este Congreso fué también presenciado por nuestro colega argentino Dr. J. Schobinger, quien aprovechó la oportunidad para pronunciar una conferencia sobre los progresos de los estudios de las culturas precerámicas en Argentina. Algunas necrologías y una serie de sustanciosas reseñas concluyen el valioso tomo. Entre estas últimas cabe citar especialmente por su carácter instructivo, las de G. H. Gross sobre E. Werth, *Die Litorinasenkung und die steinzeitlichen Kulturen, im Rahmen der isostatischen Meeresspiegelschwankungen des nordeuropäischen Postglazials*, y H. Lindner sobre K. Holdhaus, *Die Spurender Eiszeit in der Tierwelt Europas*.

O. F. A. MENGHIN

WOLDSTEDT, P., *Das Eiszeitalter. Grundlinien einer Geologie des Quartärs. I. Band. Die Allgemeinen Erscheinungen des Eiszeitalters.* 2a. edición, Ferdinand Enke Verlag; 374 págs., 136 figs., 4 tablas, 8.º; Stuttgart, 1954.

La primera edición de este libro, aparecida hace unos 25 años, fué en su tiempo la mejor obra de conjunto sobre el Cuartario. Desde aquella época, la investigación ha hecho enormes progresos, de manera que un único tomo ya no es suficiente para la totalidad de los nuevos conocimientos. Seguirá, por lo tanto, un segundo volumen que se ocupará de la geología cuartaria regional de todo el globo. El presente trata en sus 17 capítulos los fenómenos generales del Cuartario, especialmente del Pleistoceno, aunque considera también el Holoceno (o Postglacial), pero menos detenidamente. Después de una introducción sobre la terminología, la historia de la investigación y la situación geológica al final del Terciario (Cap. 1), el autor nos describe el glaciario actual y algunos ventisqueros y hielos continentales existentes, condición necesaria para el entendimiento de las formas pleistocénicas (Cap. 2-4). Entra luego en el tratamiento de los fenómenos de erosión y de las distintas clases de sedimentación, o sea las morenas, los depósitos de las aguas de derretimiento, la solidiflucción, la sedimentación glaciofluvial, eólica, interglacial e interstadial, etc. (Cap. 5-10). Siguen las cronologías relativa y absoluta del Cuartario (Cap. 11), la fauna, la flora (Cap. 12), el hombre y sus culturas (Caps. 13 y 14), los movimientos de la corteza terrestre y del espejo marino (Cap. 15), el clima (Cap. 16), las causas de las glaciaciones (Cap. 17) una profusa bibliografía de 18 páginas y un índice de lugares y materias que podría ser más completo (falta, por ejemplo, la palabra *Moor*, «turbera», que naturalmente se busca así en lugar de «Flachmoor» y «Hochmoor»). Las exposiciones son muy claras y al alcance de todos aquellos que poseen cierto nivel de cultura. Se sobreentiende que hay muchos puntos discutibles; el autor menciona siempre imparcialmente las opiniones que no coinciden con las suyas. De particular interés para el antropólogo es su gran reserva con respecto a la cronología que se basa en los cálculos astronómicos de Milankovitch. Sería muy deseable la aparición de una versión castellana de este excelente libro.

O. F. A. MENGHIN

MOVIUS, H. and JUDSON, Sh., *The Rock-shelter of La Colombière. Archaeological and geological investigations, en Publications of the Peabody Museum, Bull. N° 19, 176 págs., 52 figs.; Cambridge, Mass., 1956.*

El abrigo rocoso de La Colombière, cerca de Poncin en el valle del Ain, ya fué excavado y excelentemente publicado hace más de cuarenta años por los investigadores franceses L. Mayet y J. Pissot. Los

hallazgos efectuados en este yacimiento tuvieron gran repercusión entre los especialistas, por incluir una docena de obras artísticas. Se trata de grabados, bastante perfectos, de animales (caballo, gamuza, reno y otros cérvidos, rinoceronte, mamut, oso, y dos figuras humanas), sobre cantos rodados calcáreos, y algunas veces, placas de hueso. La cultura pertinente se llamó en aquel entonces Aurignaciense tardío; hoy se prefiere la denominación Perigordense tardío o también Gravettiense. Los depósitos geológicos - arqueológicos de la gruta, se destacan por su clara relación con los fenómenos glaciológicos del valle de Ain, lo que animó a algunos especialistas americanos al intento de una investigación del sitio para aclarar su fecha geológica de una manera más precisa de la que fué posible en base al conocimiento del Cuaternario, alrededor de 1915. Esta empresa científica fué efectuada en el año 1948, bajo la dirección de Kirk Bryan, fallecido en 1950, y H.L. Movius. Las exposiciones estratigráficas del espléndido relato fueron elaboradas por los dos editores; la parte geológica está firmada por Sh. Judson, la arqueológica por H. L. Movius. El Perigordense representa la capa cultural más antigua de la gruta y se halla en evidente contacto con la terraza de La Colombière; ésta pertenece a la cuarta glaciación (Würm), pero sin poder decidir en base a las observaciones locales a cuál de sus estadiales. Según las ideas de los especialistas alemanes, sobre todo de Karl J. Narr (del que se cita un trabajo, pero sin usufructuarlo en la parte geológica), se debe pensar en el final del Würm II.

Los resultados de las excavaciones americanas fueron modestos desde el punto de vista arqueológico; pues la parte más importante de los estratos perigordenses de la gruta ya fueron explotados en las investigaciones de Mayet y Pissot, mientras que la capa magdaleniense fué destruída, casi completamente por los saqueadores irresponsables del siglo XIX. No obstante, los americanos encontraron una buena cantidad de objetos característicos perigordenses de sílice y hueso, y además, un canto rodado con interesantes grabados. En el tratamiento de los hallazgos aduce Movius no solamente los conocimientos de sus predecesores, sino también los materiales de un ámbito muy vasto, de manera que su exposición nos presenta un resumen muy valioso de lo que sabemos actualmente del Perigordense más reciente. Con detención especial se ocupa de los grabados; reproduce también los más importantes de las excavaciones anteriores. Es notable su rechazo de la teoría, casi generalmente aceptada, sobre el objetivo de los grabados sobre rodados y cascotes. No los considera como esbozos de los artistas paleolíticos, sino como verdaderos objetos mágicos, residiendo la fuerza sobrenatural en la misma piedra. El comprobante más importante de la teoría del esbozo es un guijarro con la figura de un bisonte, presuntamente hallado en la cueva de La Grenière, no demasiado lejos de Poncin. Movius declara que esta obra es una falsificación. Creo que sus argumentos son sólidos. Entre los animales de La Colombière, aparecen algunos con flechazos. La representación del emplumado de las flechas es idéntica a la de las pinturas del Levante español. Eso fué para Obermaier y para mí el motivo de tomar los dibujos respectivos de La Colombière como testimonios

de la existencia del arco en el Aurignaciense superior. Movius tiene razón al decir que estas flechas también pueden haber sido arrojadas con propulsores (estólicas) y le concedo que hasta que hallemos en el arte franco-cantábrico un claro dibujo del arco, no hay seguridad de su existencia en este ciclo cultural. En otro pequeño detalle no estoy de acuerdo con el autor. Sostiene que el caballo y el rinoceronte, grabados sobre ambos lados del rodado, hallado por él, están dibujados con las cuatro patas. Sin embargo, las finas líneas paralelas que pueden observarse en la representación de las patas del caballo difícilmente pueden interpretarse en el sentido que les asigna el autor; líneas similares aparecen también, en la cruz y el dorso del mismo caballo. La forma de dibujar animales cuadrúpedos en el arte paleolítico es diferente. No conozco ningún ejemplo, ni siquiera del Magdaleniense, en el cual se muestre una indicación tan delicada de una pata cubierta por la anterior. En lo que se refiere al rinoceronte, me parece completamente arbitraria la representación de la parte respectiva de las patas anteriores (el par posterior falta). Mi opinión negativa se apoya en el hecho de que precisamente los mejores dibujos de La Colombière dan exclusivamente reproducciones bípedas de los mamíferos. El rodado N.º 1 de Mayet y Pissot, con grabados bastante confusos y de difícil interpretación, representaría, según estos autores, una gamuza con dos patas posteriores (fig. 42, a pág. 117 y lám. XXI, 1.ª de la obra de Mayet y Pissot); pero creo que el desciframiento del garabateo, por Mayet y Pissot, es muy discutible. Pero también, aunque fuera correcto, la representación de las patas manifiesta el carácter usual que este detalle suele tener en el arte pleistocénico.

Las obras de La Colombière se insertan estilísticamente, entre la fase primitiva (del Aurignaciense antiguo y medio) y la más evolucionada (del Solutrense tardío y Magdaleniense) del arte paleolítico de Europa occidental; las exactas investigaciones cronológicas de Movius y Judson las elevan a un punto de partida para la historia evolutiva de este fenómeno extraordinario. Todavía no me parecen evaluadas lo suficiente desde este punto de vista.

O. F. A. MENGHÍN

POWDERMAKER, H., *Hollywood. El mundo del cine visto por una antropóloga*. 35 págs. México. Fondo de Cultura Económica, 1955.

La tendencia reciente entre los antropólogos de dedicarse cada vez más al estudio de comunidades modernas, ya sea por el número decreciente de núcleos indígenas, o por la inquietud misma del especialista de aclarar los interrogantes que le plantea su disciplina en sociedades industrializadas típicas del siglo xx, llevó la autora a la meca del cine. Allí esperaba comprobar su hipótesis de que el sistema social en el que se producen las películas ejerce gran influencia sobre su contenido y su significado.

Hollywood, a pesar de estar integrada ampliamente en la sociedad norteamericana contemporánea, tiene características propias que la destacan. La autora centralizó este estudio, que en su conjunto puede ser considerado como ejemplo de antropología aplicada, en los valores que mueven a las personas vinculadas a la industria del cine, dejando de lado a los que no participan de esta actividad y tratando de dilucidar qué aspectos de la producción y qué individuos son los que más influyen en las películas.

Esta sociedad caótica con alto número de personas frustradas ofreció excelente información. La técnica para acercarse a población tan compleja y numerosa fué la de elegir personas «claves», alrededor de 300, entre las que figuraban representantes de grupos diversos: productores, escritores y actores, tratando de conocer entre ellos tanto a los triunfadores como a los fracasados y asimismo a los de distintas agrupaciones políticas. Además de las entrevistas, la antropóloga recurrió a la información suministrada por el código de producción, los expedientes de arbitraje y los semanarios y publicaciones gremiales.

La cinematografía constituye una importante institución en la sociedad de EE.UU. Las películas ejercen una marcada influencia y acentúan una determinada categoría de valores, llenando la vida cada vez más insegura y solitaria del hombre moderno. La importancia psicológica y social de las mismas no se puede subestimar, pues al igual que otras manifestaciones las películas son el reflejo de la sociedad sobre la que al mismo tiempo actúan.

En Hollywood se combinan el antiguo arte de narrar historias con la técnica nueva de la producción en masa; pero el producto de esta «fábrica de ensueños» es distinto a los objetos que producen la mayor parte de las otras industrias. Para éstas es esencial la uniformidad; para la cinematografía es importante la originalidad. De donde surge un conflicto que constituye el mayor problema de Hollywood.

Del análisis surge que la meca del cine no es un reflejo sino una caricatura de ciertas tendencias contemporáneas escogidas, las cuales dejan su sello en las películas.

Hay características específicas que la aislan y la destacan singularmente. Entre ellas figuran gran número de normas y controles, el negocio en gran escala, las enormes utilidades, la censura, el sistema estelar, la consideración a lo que el público desea y el temor y la ansiedad siempre presentes en la eterna búsqueda del éxito, todo lo cual deja su huella en las películas.

Cada parte de la producción cinematográfica está circunscripta por un verdadero código específico de prohibiciones. Se siente el peso de las tradiciones puritanas, y para responder a ellas la industria se ha impuesto un conjunto de tabúes derivados en parte del protestantismo de la Nueva Inglaterra del siglo xvii con el fin de apaciguar a la Legión Católica de la Decencia y a otros supuestos censores. Las prohibiciones que en Hollywood forman el Código de Producción tienen el mismo origen que en el mundo primitivo: el temor. Difieren no obstante, por cuanto

no representan las creencias, valores o normas de conducta de las personas que las acatan, sino que están originadas en la censura.

A pesar de la notoria influencia que ejerce el código de tabúes, la producción está aún más influida por el sistema de vida y trabajo que existe en Hollywood. Entre los jefes de producción persiste una lucha por lograr más y más, ya sea dinero, prestigio, poder o sensaciones. Dicho juego constituye el verdadero fin y hay que jugarlo a la fuerza.

El hombre que preside la oficina principal imprime su sello característico en todo el estudio, influyendo y modelando la actitud y la conducta de todos los que actúan bajo su dirección. Y lo que es más importante, dejando su impronta en las películas. Es difícil liberar la producción cinematográfica que está dirigida por hombres acuciados por una sed de dominio en vez de espíritu creador, hombres que piensan en fórmulas y en clisés y que carecen de un concepto realista del público. Desgraciadamente, son tan grandes las recompensas económicas que el individuo término medio tiende a estar satisfecho y no solamente está propenso a aceptar el sistema sino también dispuesto a defenderlo y a elaborar un conjunto de raciocinios que lo justifiquen.

El escritor que redacta argumentos para Hollywood trata siempre de que su trabajo le signifique el logro de la fortuna y la comodidad y para ello sacrifica la calidad del argumento ante las exigencias del todopoderoso productor. Sólo muy pocos autores y artistas de valor y personalidad han logrado escapar al molde de vida que Hortense Powdermaker califica de totalitario. Su iniciativa ha resultado casi siempre en el más completo de los éxitos. Por ello la autora concluye que esa tendencia que se inicia para romper las exigencias y limitaciones es valiosa y es de esperar que se acreciente con el tiempo.

Este interesante libro de divulgación atrae la atención del lector, aún del no especializado, porque nos muestra por dentro los hilos de la trama inmensa que se teje en los estudios. En cuanto al método antropológico en sí, los datos son escasos, precisamente, por el carácter mismo de la publicación.

M. ESTHER HERMITTE

HOLM E., *Das Alter des südafrikanischen Felskunst*, en *Paideuma*, tomo VI, pág. 297 a 300. Wiesbaden, 1957.

El interesante arte rupestre sudafricano que vemos existir en numerosas muestras en todo el ámbito amplio del desierto de Kalahari y partes colindantes, se conoce también como «arte bosquimano», en virtud de la evidente relación que lo liga a los *Bosquimanos*, la antiquísima población protomorfa que todavía ocupa aquellas apartadas regiones.

Esos productos del arte primitivo se presentan en una gran variedad. Por de pronto, y al igual que lo que sucede en otras partes del mundo, también en Africa del Sur se encuentran tanto las pictografías de vistosos colores, como los petroglifos más apagados. Y aun éstos aparecen reali-

zados con técnica algo distinta, siendo al parecer más antiguos aquellos cuyas figuras están delineadas a base de incisiones. Porque no todas esas representaciones corresponden a una misma edad.

A primera vista parecería que el arte rupestre sudafricano fuera relativamente reciente. No sólo porque tenemos constancia documental de que los *Bosquimanos* históricos todavía lo practicaban en el siglo pasado, sino porque los animales que se representan pertenecen en su mayoría a la moderna fauna africana que aún vive en aquellas regiones.

Sin embargo, es indudable, que si bien una parte de esas representaciones puede ser moderna y corresponder a tiempos históricos, otra es mucho más antigua y procede de tiempos francamente prehistóricos, a partir del Paleolítico Superior. Sólo que es algo difícil probarlo.

En realidad, y hasta hace poco, apenas si lo que se quería era tratar de determinar la edad relativa de las manifestaciones artísticas rupestres mediante la comparación de su pátina, el grado de su destrucción por los agentes atmosféricos y las distintas superposiciones de figuras en un mismo lugar. Nuestro autor intentó un nuevo método, y se propuso rever las figuraciones de animales para establecer a qué fauna pertenecen. Es decir, tratar de corroborar mediante la demostración de la existencia de animales pertenecientes a una fauna extinguida, la alta antigüedad de ciertos petroglifos.

El resultado de la investigación, a la que E. Holm dedicó muchos años, demuestra que los primitivos artistas sudafricanos representaron distintos animales de ese tipo. Tal, el famoso búfalo, el elefante antiguo, el búfalo gigante, etc. Y como para figurarlos era necesario tenerlos a la vista, esto viene a confirmar el hallazgo de Malan, quien descubrió, cerca de *Ladybrand*, en el Estado Libre de Orange, pinturas rupestres escondidas debajo de capas prehistóricas que contenían restos de industria magosiense y wiltoniense. O sea, del «middle stone Age» o Paleolítico Superior africano. Por lo tanto, el arte rupestre sudafricano es tan antiguo como el del Norte de Africa, y, al menos en sus comienzos, decididamente «diluvial».

SALVADOR CANALS FRAU

NARR, K. J., y COLABORADORES, *Abriss der Vorgeschichte*, 266 págs. Oldenbourg. München, 1957.

Este «Esquema de la Prehistoria» constituye uno de los tomos de una colección mayor conocida como Oldenbourgs Abriss der Weltgeschichte. El mismo incluye 10 distintos trabajos que han sido preparados por una serie de especialistas en las diversas regiones, y se publica en idioma alemán.

El libro es un verdadero exponente de los progresos que la investigación perseverante va poco a poco logrando en el campo del conocimiento prehistórico universal.

Para ver esto, bastará con recordar que hasta hace poco, toda obra de prehistoria había de tener como eje central de su relato al occidente de Europa, y más especialmente a Francia, que es donde naciera la Prehistoria como ciencia, y casi la única región de la que se tenían datos más o menos precisos. Y parecía imposible poder uno referirse a la prehistoria del Centro de Asia o del Africa negra, territorios cuyo conocimiento etnológico sólo podía buscarse en la Etnografía. El libro que comentamos, en cambio, siguiendo por el camino que exitosamente iniciara Menghin hace más de un cuarto de siglo, quiere ofrecernos una síntesis de la prehistoria no sólo de Europa, sino del mundo entero. Es decir, quiere universalizar a la Prehistoria.

De manera general puede decirse que el intento ha sido logrado, pese a que no todas las regiones extra europeas y extra americanas han sido tratadas con la misma intensidad. Pues, mientras que algunos artículos sólo constan de unas pocas páginas —por ejemplo, el que trata de Australia sólo de 2—, hay uno que sobrepasa las 80. Es cierto que en última instancia la extensión que se suele dar a un trabajo depende más del material disponible que de la concepción o posibilidades del autor. Esto no obstante, parecería como si en la obra que comentamos hubiese fallado algún resorte. Pues, entre varias deficiencias notamos que una parte tan importante del mundo como es Oceanía-Polinesia y Micronesia, no ha sido incluida en el *Abriss*.

Otra deficiencia notable, que ha de deberse también a la causa mencionada, es la falta de uniformidad en la terminología. De ahí que uno tienda a creer que al redactar los trabajos cada autor siguió sus propias ideas, y nada se hizo luego para unificar las denominaciones.

La disposición material del libro, en cambio, sí que es uniforme. Es también novedosa e interesante. Pero la falta de ilustraciones, siempre necesarias en obras de este género, y la pequeñez del tipo de letra elegido, son factores negativos que no habrán de facilitar mayormente su difusión.

El valor intrínseco de las distintas partes del libro es también bastante uniforme y alto.

La primera de las 10 colaboraciones es la que trata de la prehistoria de los territorios que constituyen el habitat originario de los pueblos de raza blanca («Asia anterior, Norte de Africa y Europa»). Es también la más extensa. La debemos a Karl J. Narr, joven investigador que ha producido en los últimos años otros varios trabajos que han llamado la atención, aunque éste se nos antoja ser el mejor logrado. Por de pronto constituye sin duda el más completo resumen que por ahora tenemos de prehistoria de aquellas regiones, completamente puesta al día hasta en los más mínimos detalles.

Narr divide todo el decurso de su materia en dos grandes partes: la *Prehistoria* propiamente dicha, en la que el autor incluye todo el devenir humano anterior al invento de la escritura, o sea, entre los 600.000 y los 3.000 años antes de nuestra Era, y su continuación, la *Parahistoria*, que viene a ser la historia de los pueblos que siguen sin escritura, pese a vivir en tiempos que en otra parte ya son históricos. La Parahistoria

comienza al término del período anterior y termina aproximadamente hacia los 1000 de nuestra Era, con el definitivo ingreso en la historia propiamente dicha de los pueblos del norte de Europa.

Narr es un espíritu sistemático e independiente que poco gusta de los caminos trillados. Y en unas páginas introductoras y aclaratorias, se refiere a las contradicciones que derivan del hecho de que en la terminología de los períodos prehistóricos una misma denominación se emplea unas veces con un sentido puramente cronológico, y otras con valor de fase evolutiva que comienza y termina en distinto momento en las diversas regiones, y hasta puede faltar en alguna. De ahí que en su trabajo trate de dar a cada denominación un inequívoco sentido. Así, cuando quiere referirse a la ordenación cronológica de los hechos prehistóricos utiliza los nombres tradicionalmente conocidos de Paleolítico Inferior, P. Medio, P. Superior, Mesolítico, y agregue la nueva creación de *Cenolítico*, para designar al Neolítico cuando quiere dar un valor cronológico a esta denominación. En cambio, para la ordenación faseológica utiliza los nombres introducidos por Menghin de Protolítico y Miolítico, junto con Protoneolítico, a los que se agregan las clásicas denominaciones de Neolítico, Calcolítico, Edad del Bronce y Edad del Hierro.

Si bien estas innovaciones podrían parecernos más o menos lógicas, ya no lo parece tanto la propuesta de reemplazar las clásicas denominaciones francesas del tipo de «Aurignacien», «Gravettien», etc., por otras con terminación latina: Aurignatium, Gravettium, Solutrium, etc. Dando como motivo principal del cambio, el que las denominaciones clásicas ofrezcan dificultades cuando el yacimiento epónimo corresponde a un país que no es de lengua francesa.

La segunda colaboración trata del «Africa al sur del Sahara», y ha sido escrita por el Dr. W. Schulz-Weidner, basándose sobre todo en las obras recientes de Alimen, Cole y Furon. Consta de 27 páginas, y es un trabajo bien elaborado. Sólo que ahí el autor, lejos de seguir las sugerencias nomenclatorias de Narr, se atiene a las denominaciones clásicas.

Las tres colaboraciones siguientes: «Prehistoria de la India», «Prehistoria de Indonesia» y «Prehistoria de Australia» las debemos a una misma pluma: a la del indólogo von Fürer-Haimendorf. Pocas novedades ofrecen los tres pequeños escritos, aunque cada uno puede valorarse como una «mise au point» de la prehistoria de la correspondiente región. Y lo mismo puede decirse de la «Prehistoria del Sudeste de Asia», de A. Christian, de la de la China, de Max Loehr; de la del Japón, del mismo autor; y de la del «Interior de Asia», de K. Jettmar. De alguna de estas regiones hubiéramos deseado tener un poco más de información.

La tenemos, en cambio, muy resumida pero lo suficientemente clara y explícita, en la última colaboración del conjunto, que es la que se refiere a América y presenta O. Menghin. Se trata de un trabajo muy completo y minucioso que, además de registrar muchos descubrimientos recientes, contiene una valiosísima revisión y valoración de las principales culturas prehistóricas, que ha de ser de gran utilidad para muchos investigadores. Consta de tres secciones principales en las que se debaten los problemas del «Protolítico y Epiprotolítico», del Miolítico y Epi-

miolítico» y del «Neolítico y Calcolítico», antecediéndoles una interesante «Introducción», donde se ventilan problemas relacionados con las bases geológicas del poblamiento de América, los tipos raciales, las lenguas y las culturas de América.

Desgraciadamente, en una reseña como la presente no es posible entrar a comentar los numerosos puntos que en el relato de Menghin nos parecen dignos de ser comentados. Ya por estar plenamente de acuerdo con ellos, que son los más, ya por tener nuestras dudas respecto a de su validez, que son los menos. No se olvide que, pese al notable aumento de datos positivos que poco a poco vamos obteniendo para muchos sectores de la prehistoria americana, hay todavía grandes partes de la misma en las que, faltando aquéllos, es el subjetivismo más o menos manifiesto de los autores lo que mejor se suele percibir.

Respecto del primitivo poblamiento de América, Menghin se muestra partidario de la tesis moderna sustentada por Rivet, Canals Frau y otros, que atribuye el proceso a cuatro principales corrientes de la inmigración. No son las mismas de Rivet, ni tampoco las que admitimos nosotros; pero, por su integración y sucesión, mucho se acercan a las nuestras. La más antigua de esas corrientes ingresó por Behring, y sus integrantes, portadores de una cultura de cazadores y recolectores, se extendieron pronto por la totalidad del doble continente. Hacia fines del tercer milenio anterior a Cristo, la corriente de cultivadores procedente del Sudeste de Asia ocupa la parte norte de Sudamérica y bloquea de este modo el continente sur frente a los avances de los nuevos grupos nortasiáticos, ya más desarrollados que los primeros, que se siguen sucediendo a través de Behring. Posteriormente, dos nuevas corrientes que llegan por el Pacífico, traen al Nuevo Mundo los principios de la civilización.

En el aspecto cultural Menghin admite la existencia en América de seis grandes tipos de cultura, que son: cazadores inferiores, cazadores superiores, cazadores-plantadores, cazadores-pescadores, cultivadores y altas culturas. Seguramente debido a influencias de la antigua exigencia sostenida por la Escuela de Viena, de que los fueguinos deben incluirse entre los pueblos más antiguos de América, es que Menghin coloca a *Yámanas* y *Alacalufes*, canoeros fuéguinos de muy baja estatura, entre los cazadores inferiores de tradición paleolítica, y junto a los huárpidos *Sirionós* que son cazadores terrestres de alta estatura. Y en cuanto a la creación del tipo de cultura de los «cazadores-plantadores», que en realidad reserva a los *Ges* y *Bororos*, creemos que difícilmente podrá mantenerse, al menos como categoría fundamental y originaria. Es cierto que Menghin da a estos dos grupos como estando «reciamente cruzados con cazadores superiores y cultivadores amazónicos». Y esto ha de ser lo que condiciona la situación especial en que se encuentran aquellos pueblos.

Menghin acepta de manera plena la existencia de los llamados hombres «presapiens» en el Paleolítico Inferior, y por lo tanto no ve razón alguna por la que formas humanas de este tipo no hayan podido llegar al Nuevo Mundo en aquellos tiempos lejanos. Es más, cree posible ver la prueba de ello en dos fragmentos craneanos procedentes de Lagoa

Santa, que se encuentran en el Museo Nacional de Copenhague. Admite también que los restos culturales hallados en el famoso yacimiento del Observatorio de Córdoba proceden de *comienzos* de la última glaciación Y considera a los artefactos de hueso de las grutas californianas de *Shasta* como de edad del último interglacial, y en parte hasta del penúltimo. Además, los distintos grupos de cazadores inferiores que todavía viven en América son considerados como grupos supérstites de las formas propias del Paleolítico Inferior, y sus culturas son equiparadas a los conjuntos arqueológicos, generalmente atípicos, que Menghin mismo descubriera en Patagonia y otras partes, y que nuestro autor tiene como «epiprotolíticas».

Este trabajo de Menghin, tomado en su conjunto, valoriza por sí solo al volumen que reseñamos. En su detalle, en cambio, contiene algunos puntos discutibles, como el de la existencia de un Paleolítico Inferior americano. Nuestra opinión es que ésta habrá de ser la parte del valioso trabajo que más se preste a discusiones.

SALVADOR CANALS FRAU

MEAD, M., *New lives for old*. 548 págs. William Morrow and Co. New York, 1956.

Este libro de Margaret Mead es fruto del viaje que realizó en 1953 a las islas del Almirantazgo, donde residió siete meses en compañía de dos ayudantes.

La comunidad visitada por primera vez en 1928 ha sufrido en ese lapso de veinticinco años la notable influencia de los norteamericanos, que en gran número residieron en la isla de Manus durante la segunda guerra mundial. De ese contacto con nuevas técnicas, costumbres y creencias se ha derivado una profunda modificación tecnológica y social entre los indígenas de esa región, y fué el propósito de la autora del presente libro, realizar un estudio total de esa cultura para corroborar el alcance del cambio desusadamente rápido.

La prolongada estada de la Dra. Mead, la relación estrecha con todos y cada uno de los habitantes y su peculiar posición de prestigio le permitieron recolectar un material abundantísimo que da a conocer en 527 densa páginas.

Lamentablemente la lectura se hace difícil, porque como se dice en las solapas del volumen la «dramática descripción del cambio se ha efectuado en función de personalidades» y el lector se pierde en detalles que, no obstante ser «íntimos y humanos», le oscurecen el panorama de las conclusiones teóricas, mezcladas de continuo con el análisis minucioso del acontecer diario.

A esa dificultad de desentrañar del contexto los argumentos que deben constituir el núcleo del estudio, se suma el repetido volver atrás para realizar comparaciones con la época del primer estudio de la isla

de Manus, todo lo que convierte a *New lives for old* en un texto farragoso.

Es nuestra opinión que el material ordenado diferentemente hubiera permitido a la autora mucho más brillo y lucimiento que el obtenido, y hubiera proporcionado a los futuros investigadores de la zona del Pacífico Sur una información más sistemática y clara.

En cuanto a la comprobación del cambio, y a pesar de las profusas descripciones, no surge claramente la prueba de la tesis de la Dra. Mead. De acuerdo que en el aspecto material ha variado la ubicación de la vivienda y el tipo de vestido entre otras cosas, pero en cuanto a las interrelaciones de los habitantes isleños y las actitudes de la época anterior parecen perdurar con las mismas características de entonces.

La hipótesis de que es preferible una aculturación total que la que se produce sólo en elementos aislados es interesante, pero queda por ver qué es lo que ha de suceder en Manus antes de llegar a conclusiones definitivas.

M. ESTHER HERMITTE

MENGEL B., *Deformierender Gesichtschmuck südamerikanischer Naturvölker*, en *Baessler-Archiv V*, págs. 1 a 120; Berlín, 1957.

Desde tiempos inmemoriales el hombre primitivo ha gustado de embellecer su cuerpo. A veces se ha limitado a pintarse en sus superficies dibujos geométricos, o a embadurnarse completamente con pinturas de distinto color. Otras, ha recurrido a toda clase de objetos con que se fabrica sus atavíos. Y un tercer procedimiento ha sido el de producir en su mismo cuerpo cambios anatómicos que él tiene por hermosos, pero que pueden llegar a ser profundamente deformantes.

Pues bien, de entre las distintas maneras que los indios sudamericanos suelen utilizar para embellecer subjetivamente su cuerpo, la autora del trabajo que aquí presentamos ha elegido el de las modificaciones anatómicas. Pero limitándose sólo a aquellas intervenciones que, además de afectar exclusivamente la cara, se reducen a meras perforaciones de la piel o de los músculos más superficiales hechas con la intención de insertar en las mismas alguna clase de adorno. Por lo tanto, ni el tatuaje del rostro ni las deformaciones dentarias son tratadas en este trabajo.

En cambio, se tratan de manera bastante prolija las distintas clases de adornos que nuestros indios suelen insertarse en labios, nariz y orejas. Los que, de paso sea dicho, son también los más evidentes. Además, la autora se ocupa sólo de material etnográfico, dejando completamente de lado todo lo arqueológico.

El trabajo se divide en cuatro capítulos. El primero versa sobre las perforaciones, y en él se pasa revista a los distintos métodos que se utilizan, personas que la practican y propósitos de la perforación. En el segundo, que tiene como tema el de *la materia prima y su tratamiento*, ésta se divide en materia de origen animal, vegetal e inorgánico. Y en

cuanto al tratamiento, pocas generalizaciones se pueden hacer respecto de los productores de estos adornos. Pues, no existiendo al nivel de las culturas inferiores y medias los artesanos especializados, los adornos faciales pueden ser hechos tanto por personas de uno como de otro sexo. Y parecería como si la división sexual del trabajo existente en estas poblaciones se manifestara también en lo que a la producción de los adornos se refiere, pues vemos que es muy frecuente que los hombres fabriquen los de origen animal (hueso, cuerno, plumas), y las mujeres los de origen vegetal (semillas y cortezas de frutos).

El capítulo tercero se refiere a *los distintos tipos de adornos faciales*. Por su forma, la autora reconoce seis tipos fundamentales, entre los cuales están la «clavija», el «disco», y el «tembetá». Nuestra autora llama *tembetá* a aquellos adornos labiales cilíndricos, de diámetro y altura variables, en cuya parte inferior hay siempre un reborde.

El capítulo cuarto trata de la *dispersión* de estos adornos. Aquí la dispersión es dada, sobre todo, de acuerdo con el material de que está hecho: hueso, cuerno, dientes, concha, plumas, madera, caña y hierba, hojas de palmera, resina, piedra y metal. Pero también se da la dispersión de los tipos más usuales. Y es ahí que surgen algunos hechos interesantes. Por ejemplo, el simple tarugo que atraviesa el septo nasal, se encuentra confinado, con sólo dos excepciones, a la parte occidental de la hoya del Amazonas. En cambio, los grandes discos de madera y hoja de palmera para llevar en el labio u oreja, parecen ser una particularidad de los indios del Brasil oriental y del Chaco. La perforación de las aletas nasales es también amazónica por su distribución y, según la autora, se debería a influencias colombianas.

El quinto y último capítulo está dedicado al estudio de la *función, valoración y transformación del adorno facial deformante*. Los datos interesantes son ahí numerosos. Y de ellos citaremos sólo el caso de los *Caraajás* que poseen seis tipos de adorno labial, distintos tanto por su forma como por el material de que están hechos. Cada uno de estos tipos corresponde a una determinada edad, de manera que cada individuo de sexo masculino que llega a edad proveya, los va sucesivamente usando a todos.

Quince láminas con numerosos dibujos, 19 mapas de distribución y una abundante bibliografía, aumentan considerablemente el valor de este interesante trabajo.

SALVADOR CANALS FRAU

MOSTNY G., NAVILLE, R., *Le complexe de «chullpas» de Toconce (Chile)*, en *Bulletin Société Suisse des Américanistes*, N.º 13, págs. 1 a 5 (1957).

Toconce es una aldea que está situada en la provincia chilena de Antofagasta, y a gran altura sobre el nivel del mar. Antiguos andenes de cultivo y otros restos arqueológicos que se ven en sus cercanías demues-

tran que el lugar tuvo su importancia en los tiempos prehispánicos. La región en que el mismo está situado es de cultura atacameña.

A raíz de un viaje efectuado por las provincias del norte de Chile, los autores tuvieron oportunidad de relevar un conjunto de pequeñas torres funerarias, las llamadas *chullpas*, que se encuentran en las proximidades de la mencionada aldea. Es la primera vez que se mencionan en Chile monumentos funerarios de este tipo.

La mayor parte de *chullpas* están destruidas. Pero por algunas que han permanecido intactas se pudo establecer su forma y dimensiones. Se trata de estructuras relativamente bajas (unos 1.75 m), de sección ligeramente ovalada, construidas con piedras sin labrar. Carecen de puerta, pero tienen una ventana, por la que sin duda se introducían las ofrendas que regularmente se destinaban a los muertos. La construcción misma se erigiría alrededor del difunto en el momento mismo del funeral.

Dado que las *chullpas* son generalmente puestas en relación con los *Collas* posteriores a Tiahuanaco, el encontrarlas ahora ahí, en pleno habitat atacameño, presenta una serie de problemas que esperan solución. Esperemos que los autores puedan darnosla en el posterior y más detallado trabajo que sin duda harán seguir al interesante informe preliminar que aquí presentamos a nuestros lectores.

SALVADOR CANALS FRAU

HENCKEL C., *Contribución craneológica a la antropología de la isla Mocha*, en *Revista Universitaria*, XXXIX, 199 a 220; Santiago de Chile, 1954.

Es esta una descripción craneoscópica y craneométrica de una pequeña serie de 7 cráneos, que debemos al Director del Instituto de Histología y Embriología de la Universidad de Concepción (Chile), Dr. Carlos Henckel. Las piezas provienen de la isla Mocha, que está situada en la provincia de Arauco, en Chile, a unos 35 Km. de la costa. Fueron halladas en la parte occidental de la isla, cerca de la playa, y a una profundidad de unos 40 cm. «Estaban acompañados de cántaros chicos de un aro, puntas de flecha de cuarzo, boleadoras, brazaletes de huesitos chicos blancos (alrededor de las muñecas y de los tobillos), palillos de tejer de hueso (entre las manos). No se encontró objeto alguno de metal». Desgraciadamente, no se dan mayores detalles respecto de las particularidades del ajuar, con lo que se hubiese facilitado su atribución étnica. No obstante, y a juzgar por lo poco que se dice, parecería que los cráneos pertenecieron a una población que si bien es casi seguramente prehispánica, no ha de ser extraordinariamente antigua.

La descripción, detallada y minuciosa, nos revela que los cráneos eran naturalmente braquioides, aunque están deformados, de cara relativamente baja (índice facial inferior a 80), nariz ancha y baja (índice

nasal 52,5) y órbita cuadrangular redondeada, con un índice orbitario de cerca de 80. El prognatismo alveolar es pronunciado.

No es la primera vez que se dan a conocer cráneos de la isla Mocha. Ya en 1903 Vergara describió tres piezas, y Latham cuatro en 1911, todas de idéntica procedencia. Henckel admite que las tres primeras, y dos de las últimas, presentan caracteres parecidos a los de su propia serie. Al mismo grupo pertenecería también uno de los cuatro cráneos hallados años ha en el famoso *Conchal Darwin*, de Talcahuano, y dados a conocer por el mismo Henckel. Nos referimos a aquella pieza braquioide (los restantes eran dolicoideas) que se encontraba en un estrato más alto que los demás, y que presentaba caracteres craneológicos propios de los *Mapuches* o Araucanos. En consecuencia, nuestro autor da como mapuche a todo ese grupo. Pero como se encontrara que los de la isla Mocha son algo más braquioides que la pieza del Conchal Darwin, cree posible que aquéllos constituyan un subtipo local del grupo étnico mapuche que se habría formado en la isla Mocha por aislamiento y cruzamientos consanguíneos.

SALVADOR CANALS FRAU

ESTRADA, E., *Valdivia. Un sitio arqueológico formativo en la costa de la provincia del Guayas. Ecuador*. Publicación del Museo Víctor

Emilio Estrada, 11 págs. Guayaquil, 1956.

Corto relato de los numerosos hallazgos superficiales y de algunas excavaciones estratigráficas practicadas en la zona de *Valdivia*, al norte de Santa Elena, provincia del Guayas, República del Ecuador.

Del texto, por demás conciso y abreviado, no surge claramente si los yacimientos explotados están o no sobre conchales, aunque las varias referencias a las numerosas valvas de moluscos que se encuentran en el piso parecen señalar que este es, efectivamente, el caso. De ser ello así, tendríamos que el parecido de *Valdivia* con los yacimientos formativos de *Ancón*, *Supe* y *Guañape*, de la costa norte del Perú, que el autor de este trabajo establece por su cerámica, sería aún más estrecho y sugestivo.

De todas maneras es indudable que los yacimientos de antiguas culturas preclásicas o formativas se van multiplicando en la costa del Ecuador. Pues, a la vieja cultura *Pre-Guangala* establecida por Bushnell en aquella costa, a todo lo descubierto por Ferdon en *Santa Elena*, y a los numerosos rastros existentes en Manabí, se agregan ahora los típicos yacimientos de *La Chorrera*, estudiado por Meggers y Evans, y *Punta Arenas* y *Valdivia* que explorara y en parte explotara el autor de este opúsculo. Y el señalamiento de nuevos yacimientos en esa región no carece de interés en vista de que Eduardo Noguera, al hacer la reseña de una obra maestra, pusiera muy recientemente en duda con argumentos no muy claros la existencia de culturas de este tipo en la costa ecuatoriana.

SALVADOR CANALS FRAU

KRAUSE A., *The Tlingit Indians. Results of a trips to the Northwest Coast of America and the Behring Straits.* 310 págs. Seattle, 1956.

La vieja y desde hace tiempo agotada monografía, que el geógrafo Aurel Krause escribiera y publicara en Jena en 1885 bajo el título de *Die Tlinkit Indianer*, ha sido traducida al inglés y reeditada para la American Ethnological Society, por la Washington University Press.

Como se sabe, el origen de este libro está dado por el viaje de exploración que los hermanos Krause emprendieron a la región de Behring allá por los años de 1878 y 1879. Pues finalizada la misión que la Sociedad Geográfica de Breme les encomendara en la península de los *Chukchees*, y en tanto que uno de ellos, Arturo, regresaba a Europa, el otro, Aurel, se dirigió al sur de Alaska para asentarse allí temporariamente con la finalidad de estudiar a sus indios. Es así que surgió esta valiosa monografía, que nos muestra a los famosos *Tlingit*, el grupo más septentrional de los indios de la Costa del Noroeste, tal como eran hace más de 70 años antes de que la civilización moderna influyera tan decisivamente sobre su antigua cultura.

La traducción, que estuvo a cargo de Erna Gunther, se ciñe estrictamente al texto alemán del original, e incluye todas sus notas. Pero como desde los tiempos de Krause se han publicado muchos otros trabajos sobre los *Tlingit*, aunque, justo es decirlo, ninguno tan comprensivo como el que comentamos, la traductora, buena conocedora de la Etnología de aquella Costa, ha agregado numerosas notas propias a aquellos pasajes que según su opinión las necesitaban. De esta manera el clásico texto se ve enriquecido con una serie grande de referencias a datos más recientes que pueden corregir o complementar a los originales de Krause.

SALVADOR CANALS FRAU

PAULO DE CARVALHO NETO: *Concepto de Folklore.* Biblioteca de Antropología y Folklore. 191 págs. Montevideo, 1956.

En estos momentos en que la ciencia del Folklore se encuentra en plena fase de estructuración didáctica, trabajos como el que es objeto de nuestra reseña han de constituir, sin lugar a dudas, un muy útil y eficaz aporte a esa estructuración.

En un trabajo anterior, el mismo Carvalho Neto nos había expuesto sus puntos de vista sobre lo que él cree debe comprender la enseñanza del Folklore. A ese respecto, nuestro autor decía que el estudio de esa ciencia comportaba dos grandes etapas: la Básica y la Superior. El llamado Curso Básico comprendería tres grados: Concepto y Generalidades de Folklore, Investigación Folklorica y Especies Folkloricas. Y el curso Superior, constaría también de tres grados, a saber: Relaciones del Folklore, Teorías del Folklore y Didáctica del Folklore.

Concepto de Folklore como su mismo nombre lo indica, viene a ser

el desarrollo de uno de los puntos del primer grado del mencionado Curso Básico. Se compone de una serie de exposiciones realizadas por su autor en el Centro de Estudios Antropológicos del Paraguay, en Asunción (1950-51), y en los cursos de Folklore General y del Brasil que el mismo viene dictando desde el año 1953 en el Instituto de Cultura Uruguayo-Brasileño de Montevideo.

Antes de comenzar el desarrollo del tema nuestro autor expone a manera de Introducción su concepto de Folklore y lo define así:

«Folklore es el estudio científico, parte de la Antropología Cultural, que estudia el hecho cultural de cualquier pueblo, que se caracteriza por ser tradicional, funcional, anónimo, espontáneo y vulgar». Para su mejor comprensión lo divide en dos partes: una relativa a los límites de esta ciencia (Folklore); y otra a las características de su objeto, o sea el hecho folklórico (folklore).

Pero al desarrollar el tema, invierte por razones de orden didáctico, las partes, es decir, que comienza por el estudio de los caracteres generales del «hecho folklórico», o sea su condición de cultural, tradicional, funcional, superviviente, anónimo, espontáneo, vulgar. Para comprender esta última condición nos presenta una clara síntesis de las teorías psicofolklóricas de Tylor, Ribot, Levy-Bruhl y Freud. Esta primera parte consta de once capítulos.

Luego, en la segunda parte, estudia los límites del Folklore, desarrollando el tema en tres capítulos: 1.º) Folklore como Ciencia 2.º) Folklore como parte de la Antropología Cultural o como Ciencia independiente y 3.º) Folklore como ciencia conexas a la Etnografía y a la Etnología.

La tercera parte trata de: El hecho en Moda y La proyección estética o simulación del Folklore, dos capítulos aclaratorios de las partes anteriores.

Una bien seleccionada bibliografía y abundantes ejemplos acompañan el nuevo e interesante trabajo del dinámico autor.

MARIA NÉLIDA MOISÁ

ESTRADA E., *Prehistoria de Manabí*. Publicación del Museo Víctor Emilio Estrada, N.º 4. 176 págs. Guayaquil, 1957.

Este estudio ha sido realizado por personal del Museo Víctor Emilio Estrada, de Guayaquil, Ecuador, y sobre la base de las notas de numerosas excavaciones estratigráficas dirigidas por Julio Vitori en la provincia de Manabí.

Los sitios estudiados son en número de 15, distribuidos a lo largo de toda la costa central, desde *Coaque* al norte, hasta *Machalilla* al sur. Y en todos ellos se produjeron cortes estratigráficos, mediante los cuales se ha tratado de reconstruir la prehistoria de Manabí.

Como es ya usual, el autor divide esa prehistoria en tres grandes períodos. El más antiguo es el Formativo, representado sobre todo por

La Chorrera (Ayangue), *Valdivia* y *Machalilla*. El último de los lugares mencionados se describe por vez primera en el trabajo que comentamos. Cronológicamente constituiría la fase más antigua de cultura formativa del Ecuador, ya que ella se encuentra estratigráficamente por debajo de *La Chorrera* (Ayangue), que sería algo posterior. Es ahí que primeramente aparece el asa estribo en Ecuador, y también la cerámica negra con decoración incisa. El período habría florecido alrededor de los años 1000 antes de Cristo.

Al segundo período, que correspondería al más generalmente llamado Clásico, se le denomina del Desarrollo Regional, y contiene una serie de culturas con cerámica policroma del tipo de la de Guangala descubierta por Bushnell en Santa Elena. Y el tercer y último período ya Postclásico sería el de Integración, representado especialmente por la cultura Manteña cuyos estilos cerámicos son descritos con cierta minuciosidad.

Numerosas ilustraciones con reproducciones de piezas de cerámica, planos de yacimientos y cuadros cronológicos y de cortes estratigráficos, realzan el valor del trabajo. Desgraciadamente, el texto aparece un tanto desorganizado y no es siempre de fácil comprensión. Además, se ve en cierta medida afeado por el frecuente uso de inútiles anglicismos como «tentativo» «figurín», y por las numerosas referencias a denominaciones cerámicas en inglés, que hubieran podido ser evitadas.

SALVADOR CANALS FRAU

GUEVARA, D., *Psicopatología y psicopedagogía del cuento infantil*. 206 págs. Edición de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1955.

Este libro no es para comentarse en esta publicación, su lugar es una revista de pedagogía; no ofrece ningún interés antropológico y, desde el punto de vista psiquiátrico o folklórico, muy de soslayo puede interesar. No obstante, el psiquiatra encontrará elementos esclarecedores para el memorial anamnésico y el folklorista datos e indicios que le informen sobre las fuerzas compulsivas que contribuyen a mantener vivas ciertas corrientes literarias tradicionales. En un sentido, el psiquiatra podrá enterarse de la conveniencia de conocer folklore para ilustrar sus propios temas y, por su parte, el folklorista descubrir que su pura preocupación folklórica margina con asuntos de psicopatología.

Darío Guevara ha escrito un libro atrayente, sencillo e ingenuo; lo ha escrito —seguramente— para los maestros y, profesionalmente, se ha puesto en la mentalidad simple, paternal y conservadora del maestro. Su información bibliográfica es de desigual valor, pero a este respecto Darío Guevara no tiene mayor pretensión. Lo que él procura es moralizar, aunque moralice con la mezquina moral de una burguesía en decadencia.

Este libro para maestros contiene un error fundamental que puede

invalidar tantas páginas escritas con angustia paternal: en el deseo de poner en evidencia la fuerza sexualizante, morbosa y truculenta de relatos tradicionales y universales (trae ejemplos de *Las Mil y Una Noches*, de Perrault, de los hermanos Grimm, de Andersen, etc.), los mutila, descarna y esquematiza, desnaturalizándolos, haciéndoles perder su verdadero sentido, su moraleja, su valor de arte, para dejarnos lo que sólo es una abstracción. Reconocemos que si una abstracción semejante es válida desde un enfoque psicoanalítico o para una sistemática de los temas, no es real para inferir las consecuencias morales que sobre el espíritu o la mente de un niño pueda ejercer el cuento *Blanca Nieves* o *Las Siete Mujeres de Barba Azul*. Pero, como dijimos al comenzar, no es aquí el lugar más indicado para comentar este libro.

ARMANDO VIVANTE